

El ascenso de la República Popular de China en el sistema internacional:

¿una superpotencia?

Mayra Ortega Bonilla¹

Resumen

En el área de las relaciones internacionales se ha abierto el debate acerca de cuál será el futuro del sistema internacional, que a su vez involucra el debate de si la República Popular de China se convertirá, después del rápido crecimiento económico, su naciente desarrollo militar, y su impulso a la cooperación internacional, en una superpotencia. Este artículo se concentrará en la pregunta de si China surgirá como una potencia detentora de un orden internacional heredado por Estados Unidos, o se convertirá en retadora del *statu quo* generando violencia entre los Estados. Para ello se analizarán las aportaciones hechas por algunos analistas al debate. Se establece que Estados Unidos es la única superpotencia actualmente, mientras China espera ascender como una potencia en el sistema internacional. Concluye que el ascenso pacífico o revisionista de China dependerá en gran medida de su relación con Estados Unidos, que definirá el tipo de potencia que China podría llegar a ser.

Palabras clave: ascenso, China, Estados Unidos, orden internacional, superpotencia.

1. Licenciada en Estudios Internacionales, Universidad de Guadalajara.

Abstract

In the area of international relations there is an open debate about what will be the future of the international system, which in turn it involves the debate about if the People's Republic of China will become, after its fast economic growth, its nascent military development, and its support to the international cooperation, in a superpower. This article will concentrate on if China will rise as a *status quo* power of international order that is inherited by the United States, or China will challenge and generate violence between States. This will analyze the arguments of some experts about the debate. Actually, the United States is the only superpower; meanwhile China expects to rise as a power in the international system. This article concludes that revisionist or peaceful rise of China will depend on its relationship to the United States, which will also define the type of power that China could become.

Keywords: rise, China, United States, international order, superpower.

Introducción

Desde los años noventa se ha desatado un debate acerca de las consecuencias de la construcción de la República Popular de China (RPC) para el sistema de Estados-nación, y parte de este debate se ha enfocado en la pregunta de si China, después del relativo éxito en la implementación de las reformas económicas formuladas en 1978, ascenderá como una superpotencia, y si el camino que tomará China será el de un ascenso pacífico o, por el contrario, se convertirá en un retador del *statu quo*.

En este artículo se analizará el debate sobre el ascenso de China en el sistema internacional, que a su vez conlleva la discusión sobre si llegará a ser una superpotencia y lo que implicaría para el actual orden (o desorden) internacional. Se enfatizará en el carácter *pro-statu quo* de China en el sistema internacional y el efecto de su relación con la única superpotencia, Estados Unidos. Para ello se examinarán las posturas de algunos especialistas en relaciones internacionales, específicamente en el área de política exterior de la República Popular de China, a

quienes se irá refiriendo en el artículo de acuerdo con su contribución al debate.

En la primera parte de este artículo se analiza la definición del concepto “poder” por algunos de los enfoques de las relaciones internacionales, que servirá para definir el estatus de China en el sistema internacional. En la segunda parte se reformula el debate sobre el ascenso y estatus de China. En la tercera parte se define el proceso de ascenso de China y el efecto de su relación con Estados Unidos. Finalmente se presenta una breve conclusión.

La definición del “poder” de la República Popular de China

Sin duda alguna la utilización de la palabra superpotencia para definir el poder de un Estado no es una tarea sencilla, ya que para empezar es difícil definir el nivel de poder que tiene un Estado. No es posible medir el poder de un Estado con base sólo en sus capacidades materiales, ya que es insostenible definir los niveles del poder relativo de un Estado a través de un definición puramente materialista (Buzan, 2004: 63), como proponen los enfoques realistas de las relaciones internacionales. Sin embargo, para la definición de poder se requiere la existencia de una base material que sustente la identificación del poderío de algún Estado-nación.

Hedley Bull, desde una perspectiva constructivista, establece que para determinar el poder de un Estado se requiere del reconocimiento de los miembros del sistema internacional, esto es, un Estado poderoso genera una identidad como gran potencia, que es resultado de la interacción de una imagen de gran potencia creada por el mismo Estado y una imagen similar planteada por los Estados miembros del sistema internacional; y por tanto la imagen como gran potencia es una construcción social (Buzan, 2004: 61). Sin embargo, el poder de un Estado no puede ser medido sólo como el resultado de una construcción recíproca, ya que un Estado podría promover su estatus como gran potencia sin contar con las capacidades materiales necesarias, y por tanto difícilmente podría sostenerlo.

Así, para la definición del poder de un Estado, ante la falta de un criterio contundente de medición, podemos utilizar un argumento resultado de una combinación del criterio material y del reconocimiento social, tomando las precauciones debidas respecto a cada enfoque, y

guiados por el sentido común ante cada escenario que se presente, como señala Barry Buzan.

La definición de poder de un Estado-nación involucra más inconvenientes que sólo definir el criterio de medición, ya que una vez definido éste, tenemos que establecer cómo etiquetar a un Estado frente a la clasificación que históricamente se ha generado, esto es, definir el nivel de poder que tiene un Estado frente a los miembros del sistema internacional: determinando a éste como una superpotencia, o gran potencia o como potencia regional.

La definición de un Estado como una potencia implica saber el nivel de su poder en el sistema internacional, y por tanto es determinante definir éste. Incluso en este aspecto se han generado debates acerca de cuándo pueden aparecer unos u otros, o incluso si pueden coexistir. Algunos estudiosos, sobre todo teóricos del enfoque neo-realista, establecen que la definición del nivel de poder depende de la polaridad existente; por ejemplo, si el orden internacional es multipolar se les define como grandes potencias, mientras que dentro de un orden bipolar se les denomina como superpotencias. Dentro de este mismo enfoque polar, los teóricos diferencian a las superpotencias y las grandes potencias de las potencias regionales, considerando que las superpotencias y las grandes potencias se encuentran al nivel del sistema internacional y las potencias regionales no.

En esta definición de los niveles, Buzan plantea un criterio diferente para el esquema “superpotencias-grandes potencias-potencias regionales”, donde establece que las potencias se pueden diferenciar de acuerdo con su ámbito de influencia; así, las superpotencias y las grandes potencias participan hasta el nivel del sistema y las potencias regionales a nivel regional. De esta forma, en un orden unimultipolar (como se le considera al actual orden internacional) la superpotencia y las grandes potencias participan tanto del nivel regional como a nivel global, mientras que las potencias regionales actúan a nivel regional.

Continuando con la definición del poder de un Estado, y para interés de este análisis, es importante definir dos conceptos: superpotencia y gran potencia. Tomando las definiciones de Buzan establecemos que: una superpotencia es aquel Estado-nación que cuenta con las capacidades para desplegarse a través del sistema internacional, y por tanto debe poseer grandes capacidades político-militares, así como con la capacidad económica para apoyarlas y desplegarlas globalmente. Pero requiere que el Estado potencia se visualice a sí mismo

y se acepte como una superpotencia, al mismo tiempo que debe ser visualizado y aceptado por los miembros del sistema internacional, tanto retórica como conductualmente, de tener ese rango. Buzan establece que una superpotencia debe tener la cualidad de participar activamente de los procesos de seguridad, y debe legitimar su poder a través del establecimiento de valores que la sustenten.

Por su parte, una gran potencia, según Buzan, no necesariamente debe contar con una gran capacidad en todos los aspectos, y no requiere participar activamente en todos los procesos político-económicos del sistema internacional. A diferencia de las potencias regionales, las grandes potencias, al realizar sus cálculos, toman en cuenta a las otras grandes potencias “como si éstas tuvieran el claro potencial económico, militar y político para asumir el estatus de superpotencia en el corto y mediano plazo” (Buzan, 2004: 70). Las grandes potencias se piensan a sí mismas como potencias regionales y se prospectan como posibles superpotencias; además tienen la capacidad de operar en más de una región.

Una vez definidos los conceptos de superpotencia y gran potencia, es necesario agregar una pieza que será necesaria para el entendimiento de la última parte de este artículo: el tipo de relaciones sociales que se desarrollan en el sistema internacional. El enfoque neorrealista establece que las únicas relaciones que se desarrollan en el sistema internacional son de enemigos o rivales. Sin embargo, Alexander Wendt establece la posibilidad del desarrollo de tres tipos de relaciones sociales: enemistad, rivalidad y amistad.

Para esto Wendt establece que los enemigos son aquellos adversarios que amenazan al otro con el uso de la fuerza sin ver límites; los rivales son competidores contra los que puede hacer uso de la violencia como un medio para aventajar en sus objetivos sin llegar a la liquidación total; y los amigos son aliados con los que se utiliza medios no violentos para arreglar las diferencias y se trabaja mano a mano contra las amenazas a la seguridad (Buzan, 2004: 77).

Dentro de la relación de enemigos existe el continuo miedo al exterminio, y los Estados requieren de la implementación de sistemas de seguridad con el fin de sobrevivir, a diferencia de la relación de rivales, donde se reconoce el “derecho a coexistir”, mientras que en la relación de amigos los Estados incluyen, como a sí mismos, al otro, ya que no representa un temor a su seguridad. Así pues,

[...] mientras un sistema esté compuesto sólo de enemigos, o una mezcla de enemigos y rivales [...] o esté compuesto principalmente de rivales, o una mezcla de rivales o amigos, o únicamente de amigos, generará diferentes expectativas acerca de cómo las potencias se conducirán las unas con las otras (Buzan, 2004: 78).

De esta manera se establece que las relaciones entre las potencias no sólo se pueden desarrollar en términos de pura enemistad, ya que también pueden desplegar relaciones sociales como la rivalidad o incluso la amistad, y por tanto ningún tipo de relación social domina la estructura del sistema internacional, y eso puede verse, y se verá, en el desarrollo de la estructura del poder internacional.

El debate acerca del ascenso de la República Popular de China

Quizá sea el artículo de Gerald Segal “Does China Matter?”, publicado en el *Foreign Affairs* en 1999, la punta de lanza del debate sobre el cuestionamiento de las perspectivas del potencial chino. En su artículo Segal sugiere que las percepciones de los otros analistas que se refieren a China como el “reino del medio” son erróneas. Segal considera que China, de esta expresión, sólo conserva la palabra “medio”, ya que establece que China sólo podría ser una potencia media, debido a que ésta representa un pequeño mercado en comparación con el mercado internacional (Segal, 2004: 11).

A pesar de los datos estadísticos que muestran el gran crecimiento económico de China, Segal establece que no se puede confiar en los datos obtenidos desde este país, y para el estudio de su economía se deben utilizar cálculos elaborados por economistas y organizaciones internacionales, con el fin de obtener estudios más o menos confiables. En su análisis postuló que contrario a lo que se cree, el crecimiento del PIB no es tan espectacular, y menos cuando existen constantes alarmas por la inestabilidad interna, el resurgimiento de prácticas de corrupción, y la falta evidente de la implementación de nuevas reformas; además, todo lo anterior empaña las estadísticas de altos niveles de ahorro, el gran flujo de la inversión extranjera directa y el comercio exterior (Segal, 2004: 12 y 13).

Segal, en contraste con las estadísticas positivas, establece que China realmente no ha tenido una integración con el mundo, o mejor dicho con la economía mundial, y por el contrario su relevancia es mínima. Además Segal ha referido a China una imagen lejos de la

importancia que algunos otros han tratado de atribuirle, y para ello ha definido a China como un típico caso de esperanza sobre resultados, como Charles Gaulle llegó a comentar alguna vez sobre Brasil: “tiene un gran potencial, y siempre lo tendrá” (Segal, 2004: 14).

En su artículo, Segal desmiente las afirmaciones sobre que China pueda ser tratado como un socio estratégico, y le recomienda a Estados Unidos no tomar a China dentro de la formulación de su interés nacional, y sí, en todo caso, como una amenaza, aunque no a nivel global sino a nivel regional, por tanto considerarla dentro de los cálculos de su política defensiva. En todo caso, Segal señala que si los países occidentales hacen referencia de China como un socio estratégico, realmente se refieren a un adversario que podría traer muchos problemas a futuro.

Segal ilustra la imagen de China como la de un Estado paria, por las violaciones de los derechos humanos de varios activistas chinos. Pero además sugiere que China tiene una percepción de sí misma basada en la concepción de la moralidad cultural del pasado chino, según la cual China cree que el mundo, de forma natural, le reconocerá como una gran potencia, como llegó a suceder en el pasado; estatus para el cual, sugiere Segal, China no está lista para desempeñar (Segal, 2004: 19).

Para algunos analistas el artículo de Gerald Segal da muestras claras de un sentimiento nacionalista estadounidense. En la parte final de su artículo Segal refiere que la posibilidad del ingreso de China a la OMC sería sólo como resultado de dos posibilidades: primero, por el limitado progreso chino hacia la transparencia internacional, que llevaría a los países occidentales a aceptar el ingreso chino como una forma para obtener información económica fidedigna, o, segundo (la que considera la razón ganadora), “por hacernos (a los estadounidenses) sentir culpables por el bombardeo a su embajada en Belgrado” (Segal, 2004: 19). Esta última frase deja sentir en los lectores su perspectiva como estadounidense hacia China. Samuel Kim, como uno de estos analistas, contrasta las postulaciones del artículo de Segal, y establece que en este artículo se pueden ver rastros de ideas conservadores y unilaterales, como si fueran las declaraciones hechas por algún miembro de una facción del Partido Republicano de Estados Unidos, quienes apoyan los pronósticos acerca de la amenaza china (Kim, 2004: 39). Sin embargo, la perspectiva de Segal ilustra la postura que muchos analistas occidentales han adoptado frente al fenómeno del ascenso chino.

Kim, por su parte, contrasta las declaraciones de Segal al reconocer en China actitudes más cooperativas, después de que ha reconceptualizado la definición del poder internacional basado en la idea del prestigio (un enfoque más económico, científico y tecnológico, que militar), y ha dado una gran importancia a la influencia de la globalización en la formulación de su política exterior. Kim reconoce una tendencia más cooperativa en China, que se ve reflejada en el incremento de su participación en las organizaciones internacionales, principalmente en el sistema de organizaciones de la ONU; la firma de tratados multilaterales, la adhesión a regímenes internacionales, acuerdos de control de armas y de desarme, la participación en operaciones para el mantenimiento de la paz, la aceptación de normas del libre mercado y para el comercio global, la adecuación de las medidas de derechos humanos, y de protección del medio ambiente (Kim, 2004: 40 y 41).

Con estas ideas Kim contrarresta el artículo de Segal, en el que toma a China como un actor revisionista, inestable e insatisfecho. Samuel Kim, ayudado por el argumento de Samuel Huntington, establece que las características enunciadas por Segal sobre China son más bien características de la actuación de Estados Unidos, el cual cada día se ve a sí mismo como un superpotencia sola y aislada, actuando fuera de la comunidad internacional, a través del camino del unilateralismo, rechazando la firma de tratados multilaterales (Kim, 2004: 41), aunque sobre esta idea volveremos más adelante.

Samuel Kim establece que indicadores como la membresía y la participación de China en organizaciones internacionales y la firma de tratados multilaterales, pueden ser tomados como evidencia del favorecimiento hacia el mantenimiento del *statu quo*. Kim sostiene que con la interacción de las políticas internas, regionales, e internacionales China busca lograr tres elementos fundamentales: primero, el desarrollo económico, la estabilidad interna y la legitimidad interna y externa; segundo, promover un ambiente pacífico y seguro, que no amenace la soberanía y la integridad territorial china; tercero, manejar su estatus y su influencia como una gran potencia responsable en la política global (Kim, 2004: 42).

Denny Roy, por su parte, ha escrito artículos donde reconoce a China como un peligro en la región, sobre todo para los países del Sureste de Asia, ya que establece que China tiene una actitud menos proclive a cooperar, basado sólo en el hecho de que China tiene un sistema político autoritario, y por tanto considera que debe tener una

gran disposición al uso de la fuerza, además de suponer que es inestable internamente. Sin embargo, Roy encuentra la posibilidad de un cambio favorable en China, siempre y cuando participe de un desarrollo económico interno (Roy, 1994: 167).

De la misma forma que Roy, otros académicos han planteado el ascenso chino en términos militares o del uso de la fuerza. Apoyan su argumento basados en que China ha aumentado la compra de armas, y consideran esto como un indicativo claro de la búsqueda de poder, y un deseo chino por convertirse en una gran potencia revisionista. Aunque contrarios a Segal, reconocen que China sí ha tenido un verdadero crecimiento económico, que es el que ha permitido adquirir armas; concuerdan en que China es una amenaza latente para el sistema internacional. Otros analistas consideran que el exitoso crecimiento económico de China es una realidad, la cual tiene como repercusión la expansión en la influencia china en la economía mundial. Estos analistas establecen que el aumento de su capacidad militar tiene fines disuasivos, divergiendo sobre la teoría de amenaza china y dando cabida a la teoría de desarrollo pacífico.

Parte del desarrollo de este argumento pacífico se ha planteado por la divulgación de un nuevo término, promovido por los oficiales, los académicos y la prensa china: el “ascenso pacífico de China”. Esta teoría formula que el incremento del poder militar y económico de China no es una amenaza, y por el contrario trae oportunidades, sobre todo para sus vecinos, a quienes principalmente China trata de proyectar una imagen de gran potencia responsable.

La teoría del ascenso pacífico es vista como una extensión de la versión de paz y desarrollo de Deng Xiaoping. Esta teoría desarrolla tres principales argumentos: China tiene problemas internos y su solución se encuentra en el desarrollo de la economía, y para ello requiere de un ambiente internacional pacífico; segundo, China nunca buscará la hegemonía, ya que la palabra hegemonía en chino (*baquan*) tiene una connotación negativa; afirman también que China nunca sería capaz de utilizar su poder para dominar, o actuar con intenciones imperialistas; tercero, argumentan que el incremento del poder chino, lejos de ser una amenaza para otros países, presenta una oportunidad potencial de crecimiento económico y comercial, además de que China mantiene una actitud positiva en la apertura a las importaciones (Liebman, 2005: 283).

Sin embargo, ante la teoría del ascenso pacífico muchos analistas guardan sus reservas. Alex Liebman, por su parte reconoce algunas formulaciones sobre esta teoría; por ejemplo, ante la idea de que todos ganan, Liebman considera que se debe reconocer que algunos ganan más que otros, ya que China sale más beneficiada que los países socios, sobre todo en términos comerciales. Liebman establece que si China ha decidido participar de la globalización es porque el costo es casi nulo; y tal vez si la cooperación tuviera un verdadero costo, China no participaría. Sin embargo, Liebman deja en duda si China sólo participa de conductas cooperativas a corto plazo, o si en realidad la política exterior china tiene intenciones cooperativas a largo plazo, que de ser así la tendencia cooperativa será más difícil de revertir en el futuro por los oficiales chinos. Pero para él es difícil interpretar las acciones chinas, y es ahí donde Liebman establece que no se puede inferir con certeza la tendencia china, pero reconoce la existencia de un cambio en las políticas chinas hacia sus vecinos (Liebman, 2005: 286).

Alastair Johnston (2003), por su parte, reconoce (de igual forma que Liebman) que el debate gira en torno a si realmente China desea participar de la comunidad internacional, aunque reconoce que aún no termina por ser un Estado civilizado, o sólo hace gala de palabras (y es un impostor). Johnston establece que si China se está socializando, lo hace sólo en el aspecto económico, lo que apoyaría la idea de que China es un país revisionista.

El término "revisionista", según Johnston, se refiere a un Estado que opera fuera de la comunidad internacional y que, por tanto, no cumple con las normas internacionales. Un Estado revisionista es uno que reta el orden internacional. Así, un Estado retador quiere "un nuevo lugar para sí mismo en la sociedad internacional" (Johnston, 2003: 9), y manifiesta una clara insatisfacción con su posición actual en el orden internacional y buscará cambiarlo empleando la fuerza militar.

Johnston reconoce que China ha aumentado su participación en las organizaciones internacionales, y ha pasado a ser de un país aislado a un país miembro de la comunidad internacional; y establece que a pesar de esto, la participación en las organizaciones internacionales no es un indicador que muestre que China tiene una conducta pro *statu quo*; Johnston establece que China está adherido a las instituciones internacionales pero viola las reglas, con excepción de aquellas que le favorecen o protegen sus intereses. Una de las principales reglas que China respeta es la de la soberanía, sobre todo porque le permite ar-

gumentar en contra de la autonomía interna, justificar la violación de los derechos humanos y evitar la intervención humanitaria; además el término soberanía a China también le permite obtener el reconocimiento internacional.

Según Johnston, la segunda regla que China respeta y cumple es la norma sobre libre comercio. Aunque China ha avanzado poco a poco en la implementación de las normas internacionales de libre comercio, con su ingreso a la OMC, Johnston considera que se verá sometida a un mayor escrutinio de su actuación, y se le exigirá una mayor transparencia de su contabilidad (Johnston, 2003: 16 y 17), que tal vez sea algo con lo que China no contaba. Muchos analistas argumentan que existe una insatisfacción de China por cumplir las reglas, al mismo tiempo que afirman que la legitimidad del gobierno chino se basa en el crecimiento económico; olvidando que la legitimidad del crecimiento económico viene de la integración con el mundo y no de su aislamiento.

En la cuestión de las normas de no transferencia de armas convencionales, se ha vuelto difícil acusar a China de una violación; Johnston dice que valdría más preguntarnos qué país no exporta armas convencionales. Sin embargo, China ha sido acusada por violar la regla sobre transferencia de energía nuclear, pero no por violar algún tratado multilateral, sino por violar los acuerdos establecidos con Estados Unidos sobre transferencia de material nuclear, y es precisamente Estados Unidos quien ha lanzado las acusaciones.

En cuanto a la norma de autodeterminación, China ha sido acusada de violar esta norma de manera repetida en los casos del Tíbet, Xinjiang o Taiwán. Sin embargo, el derecho de autonomía o de secesión es una norma que la mayoría de los Estados no le reconocen a las minorías, y por el contrario, hacen de la norma de autodeterminación una defensa a favor de los Estados soberanos, y en contra de los deseos de grupos separatistas.

Johnston postula que aunque no cabe duda que las autoridades chinas hayan, repetidamente, violado los derechos políticos y legales establecidos en la Constitución china y los acuerdos internacionales firmados sobre derechos humanos, tampoco se puede negar que la RPC ha logrado, de forma rápida, incrementar los estándares de vida de millones de chinos, contribuyendo a la ganancia neta de los derechos socioeconómicos. Aun así, Johnston considera que dentro de estos derechos socioeconómicos deberían contabilizarse nuevos elementos, surgidos como resultado de acelerado crecimiento económico, como

la desigualdad en el ingreso, la degradación del medio ambiente, la educación desigual, y la falta de un sistema de salud integral, y no sólo el elemento de la pobreza (Johnston, 2003: 21).

Johnston establece que si bien el debate se desarrolla en si China busca mantener el *statu quo* o será un retador de las normas internacionales, también reconoce que existen contradicciones entre las normas mismas. Johnston considera que existen tensiones en la aplicación de ciertas normas, lo que dificulta el cumplimiento, por los miembros de la comunidad internacional, de estas normas como un cuerpo coherente de reglas (Johnston, 2003: 22).

Aunque algunos especialistas encuentran una semejanza entre la modernización del Japón Meiji y la Alemania de Weimar, Johnston considera que China parece ser más dependiente de la inversión extranjera para su crecimiento económico y su legitimidad política, que la Alemania de finales del siglo XIX; Johnston establece que algunos analistas podrían estar confundiendo el revisionismo chino sin considerar el argumento del debilitamiento del poder estadounidense, que podría ceder lugar a un mundo multipolar (Johnston, 2003: 29).

Sin embargo, Johnston admite que tampoco se puede negar el gran beneficio económico que China obtiene de su relación con Estados Unidos, que le permite ser un *free rider* en aspectos de seguridad internacional y regional; de esta manera China asegura su propio interés al actuar en favor del sistema internacional y de sus normas.

Aunque el gasto militar chino ha aumentado en forma sustancial, no queda claro si representa una amenaza, ya que la modernización militar puede estar impulsada ya sea por factores ideológicos, como las conceptualizaciones de los líderes, o por ciclos de innovación tecnológica. Sin embargo, el actual nivel de gasto militar chino no puede ser tomado como una amenaza o una posible búsqueda del balance de poder con Estados Unidos. Johnston afirma que China no realiza un gasto en armamento lo suficiente como para retar a la superpotencia, o al menos aún no lo hace.

Sobre la cuestión de Corea, China es el principal promotor del *statu quo*, sobre todo porque Corea del Norte representa un Estado buffer ante una posible intervención militar estadounidense en el territorio chino, que no sería si fuera un solo Estado con Corea del Sur (Johnston, 2003: 42). Así, también China muestra una amplia preferencia en que Japón mantenga la vieja alianza con Estados Unidos, el cual mantiene limitado el poder militar japonés, ayuda a detener cualquier impulso

militar, y evita, al mismo tiempo, el fortalecimiento de la alianza entre Estados Unidos y Japón. Johnston hace una recomendación a China: le pide que haga uso de las herramientas diplomáticas hacia Japón, y que exprese menos el sentimiento histórico antijaponés, para evitar que entre los dirigentes japoneses y la opinión pública resurja el nacionalismo japonés, aun después que los dirigentes chinos sostengan que los japoneses ya no conservan una naturaleza bélica.

Un punto que favorece a China, en contra del discurso del balance de poder, es el hecho de que la economía china se vuelve cada día más dependiente de la economía estadounidense, ya que China se ha convertido en el principal socio comercial de Estados Unidos; además, la principal fuente de inversión en China es de origen estadounidense, sobre todo en los sectores automovilístico y de telecomunicaciones. Así pues, el desarrollo económico ha generado un nivel de interdependencia entre estos dos países, y por lo tanto sería muy costoso para China decidir romper su relación con Estados Unidos.

La emergente clase media, Johnston afirma, se muestra cada vez menos en una actitud antiestadounidense, y por el contrario demuestran favorecer el establecimiento de una relación amistosa con Estados Unidos, lo cual beneficia el libre comercio. Dado el crecimiento económico y el nivel de interdependencia, el costo social y económico de movilizar la economía y la fuerza militar contra Estados Unidos, no es algo que el régimen chino esté dispuesto a pagar. La excepción, en todo caso, indica Johnston, es el problema de Taiwán, en el que China podría mostrar una conducta más de balance de poder frente a la superpotencia.

Johnston establece que uno de los indicadores que han utilizado algunos analistas para medir el revisionismo de China se basa en la idea de la búsqueda del establecimiento de una hegemonía en la región, para aumentar su poder relativo. Esta idea tiene base sobre la tradicional imagen sinocéntrica del “reino del medio”, que supone que un día China buscará modernizar una versión del sistema tributario, y reemplazar el ejercicio unipolar de Estados Unidos en la región. Un hecho que podría sostener esta versión es un “posible deseo” de los dirigentes chinos por cambiar el *statu quo* con Taiwán.

Pero una versión que podría desmentir esta última teorización es la cuestión de las islas del Mar del Sur de China, ya que desde la década de 1990 China ha aceptado el código de conducta promovido por la ASEAN (Asociación de las Naciones del Sureste de Asia) sobre esta cues-

tión. Johnston establece que aunque algunos analistas afirman que China tiene objetivos para establecer soberanía sobre las islas, otros indican que China cuenta con la fuerza militar necesaria para tomar las islas por la fuerza, por lo que si China realmente deseara hacerlo, ya lo hubiera hecho, lo que demuestra que China prefiere utilizar instrumentos internacionales legales en la resolución de problemas de límites territoriales (Johnston, 2003: 27).

Y aun cuando China no ha dado muestras de desear o estar interesada en cambiar la distribución de poder global o regional, Johnston cree que Taiwán constituye un problema que potencialmente lleve a China a actuar como un revisionista. Aunque reconoce que China es más un mantenedor del *statu quo* que hace 40 años, sigue siendo un revisionista, que potencialmente será obligado a hacer uso de la fuerza por problemas fruto de las reformas económicas o por la cuestión de Taiwán. Johnston establece que sólo puede llegar a estas conclusiones ante la ambivalencia de la conducta china. Pero ante la contradicción de los hechos, reconoce que el deseo de ser rico y poderoso no convierte a China en un retador al poderío estadounidense, y que para él, el hecho de que hoy China le parezca un revisionista no significa que no existe el otro lado en una moneda, y que China se pueda estar encaminando por la senda de la integración con la comunidad internacional (Johnston, 2003: 56).

Así pues, hasta este punto podemos decir que no hemos encontrado evidencia que demuestre que China es una potencia ascendente revisionista, aunque también debemos decir que no encontramos evidencia totalmente contundente que demuestre que China en algún momento no actuará como un revisionista, ya que como hemos visto existen motivos internos y, aún más, externos (como veremos enseguida) que podrían impulsar a China a utilizar la violencia como un medio para proteger sus intereses.

Sin embargo debemos resaltar la capacidad china para construirse una imagen más colectiva como producto de su evolución, de una China aislada a una China más positiva, más activa en la arena internacional. China ha adoptado una actitud menos confrontante, es más confiando y constructivo a la hora de dar respuesta de los asuntos mundiales y regionales.

Así, China ha aumentado la firma de acuerdos bilaterales y multilaterales, principalmente en materia de comercio y seguridad. Esto ha tenido lugar después de la institucionalización de la política exte-

rior china y de la conducta diplomática cosmopolita. Esto ha logrado que China se convierta en una potencia emergente que cumple con sus responsabilidades, dejando atrás su papel de víctima (Santa Cruz, 2006: 93).

Después de la formulación de las reformas económicas y políticas en 1978 (que fueron el punto de inicio de la evolución de la política exterior china) y el aislamiento impuesto tras los sucesos de Tiananmen en 1989, los dirigentes chinos se han enfocado en reconstruir su imagen, promoviendo sus intereses económicos y rompiendo con el aislamiento. Así, en la década de los noventa China construyó una nueva etapa en las relaciones con la comunidad internacional, dejando de lado su "aversión" a las organizaciones internacionales, una vez que los dirigentes chinos se dieron cuenta de que éstas podrían facilitar la promoción de sus intereses y su integración con la comunidad internacional.

Desde el 11 de septiembre de 2001 cambió la forma en que China percibía el sistema internacional, ya que, y como muchos medios establecieron, ha cambiado la mentalidad china, que ha dejado de ser una víctima, como se había caracterizado durante 150 años de humillaciones. La versión de cambio de la mentalidad china floreció, y quedó manifiesto desde el discurso de Jiang Zemin en el 80 aniversario del Partido Comunista Chino, en el año 2001. Algunos analistas chinos han reforzado esa idea, mientras promueven la adopción de una mentalidad de "gran potencia", la cual esté basada en el crecimiento económico y la participación en organizaciones internacionales.

¿La República Popular de China en su ascenso pacífico?

Con una participación activa en las instituciones internacionales, China ha tratado de asociar sus intereses con los de la comunidad internacional. Pero no se puede olvidar que aún la capacidad china es muy limitada, y mucho del esfuerzo internacional se basa en la promoción de los intereses nacionales, aunque a pesar de la sofisticada diplomacia china no se puede garantizar (como se mencionó anteriormente) que en algún momento, frente a alguna amenaza directa a su soberanía, pueda hacer uso de la disuasión e incluso de la fuerza; como Wendt (1999) establece: en el proceso de socialización existen momentos de resistencia impulsados por el autointerés. Sin embargo, China

demuestra estar en la mejor disposición para cumplir con las normas internacionales.

Sin duda alguna Estados Unidos es la única superpotencia actualmente existente, sin embargo el orden internacional no es unipolar. Algunos analistas consideran que el actual orden es uni-multipolar, ya que existe una superpotencia y varios Estados que pueden ser considerados como grandes potencias; incluso establecen que la Unión Europea (que es un conjunto de Estados-nación) es una de ellas. Muchos de estos analistas piensan que China puede ser considerada como una gran potencia regional, mientras que otros establecen que China ya es una gran potencia debido a que ha logrado una gran capacidad económica y ha conseguido tener una mayor participación no sólo a nivel regional sino también global.

Tomando como base las definiciones postuladas en el inicio de este artículo, y la evidencia postulada en párrafos anteriores, China puede ser considerada como una gran potencia; incluso Barry Buzan afirma que China sustentaba el rango de gran potencia durante el periodo de la Guerra Fría y lo ha mantenido aún en el periodo de pos-Guerra Fría. Hoy, según Buzan, China manifiesta grandes posibilidades de convertirse en una superpotencia (Buzan, 2004: 70 y 71). Sin embargo, China se encuentra en un proceso de ascenso y espera obtener un lugar como miembro activo del sistema internacional.

No obstante, para Estados Unidos el ascenso chino parece ser una amenaza al orden y la seguridad internacional. Entre algunos dirigentes estadounidenses aparecen voces que apoyan la versión de China del *statu quo*, y reconocen que Estados Unidos debe dirigir a ésta para integrarse al sistema internacional, y evitar que en su descenso, el orden internacional creado por él mismo, sea destruido; y por lo tanto es su deber incentivar a China a integrarse formalmente a la comunidad internacional.

Estos dirigentes reconocen que Estados Unidos es una pieza clave para que en un futuro China se convierta en un actor constructivo en la arena internacional. Establecen que Estados Unidos será importante para que China se acerque y reconozca los derechos humanos y normas de conducta internacional, y que ambas naciones trabajen para mantener seguro el orden internacional (Johnston, 2003: 7).

Incluso Roosevelt en la década de 1940 había visto un potencial en el futuro de China, y por ello decidió incluirla como un miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU (Cohen, 2007). Otros

de los líderes estadounidenses que vieron potencial en China como un aliado estratégico fueron Richard Nixon y su secretario de Estado Henry Kissinger. Pero algunos analistas afirman que la visita de Nixon dejó más que eso: estos analistas postulan que la semana que Nixon estuvo en China cambió al mundo, ya que impulsó a China a evolucionar ante la oportunidad y el reto de su relación con Estados Unidos, y la convirtieron en la potencia en ascenso que es hoy.

Muchas décadas después de estos sucesos, y de la normalización de la relación sino-estadounidense, George W. Bush decidió que China era un “competidor estratégico”, y que el gobierno de Clinton había “sobreestimado” las intenciones chinas a cooperar con la comunidad internacional y, sobre todo, con Estados Unidos, que lo llevó a cambiar su relación hacia China.

Si bien China es un país que crece económica y militarmente, lo hace dentro del marco de las instituciones internacionales y bajo la mirada de la comunidad internacional (al menos hasta ahora), de una forma como nunca antes se había visto en una potencia en ascenso. El gobierno chino afirma que un Estado no puede modernizarse de forma completa sin integrarse al sistema internacional vigente, al mismo tiempo que reconocen más ventajas que desventajas de la incorporación.

Algunos otros altos funcionarios estadounidenses (sobre todo miembros del Partido Republicano) han reclamado a China por las violaciones a las normas internacionales, por actuar de forma unilateral y por la hostilidad china al poderío estadounidense, sin darse cuenta de que es precisamente Estados Unidos quien viola sus propias normas y quien actúa fuera de las instituciones internacionales (que él mismo creó). Y no sólo la opinión pública china desconfía de la actuación estadounidense sino también gran parte de la opinión pública mundial. Precisamente estos funcionarios han actuado como si el mundo fuera unipolar, y por ello han llevado la conducción de su política exterior de forma unilateral, ya que Estados Unidos ha estado presionando a otros países para “adoptar los valores y las prácticas estadounidenses” (Huntington, 1999), y ha condicionado, con esto, la ayuda y el reconocimiento internacional.

Como Samuel Huntington estableciera desde 1999, cada día Estados Unidos se encuentra más aislado: su actitud ha encontrado la oposición de la mayoría de los gobiernos y personas en el mundo. Mientras Estados Unidos acusa a algunos Estados de ser Estados parias, el mundo ve a Estados Unidos como la superpotencia paria, y como

Huntington señalara en su artículo, un diplomático británico observó: “una hegemonía benigna es en los ojos del hegemón. ‘Uno puede leer del deseo del mundo por el liderazgo estadounidense sólo en Estados Unidos’ [...] ‘En cualquier otra parte uno puede leer de la arrogancia y el unilateralismo estadounidense’” (Huntington, 1999).

El presidente Barack Obama y su administración han tratado de cambiar la línea de la política exterior estadounidense hacia China. En 2008, Barack Obama decidió establecer una línea más cooperativa con China, siguiendo la línea que Henry Kissinger estableciera en 1972, y que ahora Zbigniew Brzezinski retoma para el desarrollo de un G-2, en el cual China y Estados Unidos podrían establecer discusiones sobre temas de relevancia internacional, como la actual crisis financiera internacional, el medio ambiente, la limitación de la producción de armas de destrucción masiva, entre otros asuntos (Economy y Segal, 2009).

Con esto la actual administración busca cambiar la imagen de Estados Unidos ante el mundo, y ha empezado a reconocer la importancia de China en la solución a los problemas mundiales. Sin embargo Estados Unidos debe continuar por el camino del mutuo entendimiento, que hace más de tres décadas, como se apuntó arriba, fue abandonado por los mismos líderes estadounidenses. El problema es que a más de 30 años de relaciones, las diferencias entre estos dos países se han acumulado enormemente. Incluso China y Estados Unidos han sido capaces de cooperar con otras naciones, más que entre ellas: la cuestión del cambio climático es un ejemplo claro, China y Estados Unidos no han podido coordinar sus esfuerzos en la transferencia de tecnología y en el uso de energía más limpia, en parte porque Estados Unidos no cuenta con los recursos financieros disponibles para responder a la iniciativa. Mientras China y Japón han venido desarrollando proyectos para el uso más eficiente de la energía, asistencia en el manejo del uso del carbón como energía, y la explotación renovable de fuentes de energía (Economy y Segal, 2009).

La ocupación estadounidense de Irak es otro ejemplo: éste se ha convertido, por un lado, en una oportunidad para China en la obtención de materias primas y productos agrícolas de países de América Latina, África, Sur, Sureste y Centro de Asia, pero por otro lado le ha permitido impulsar relaciones con países de otras regiones, y no sólo con sus vecinos del Sureste de Asia; y esto ha sido facilitado ante la falta de atención de Estados Unidos a estas regiones.

En 2009 se cumplieron 30 años de la normalización de las relaciones entre Estados Unidos y China; sin embargo, no han sido 30 años de cooperación y entendimiento entre ambas naciones, y las expresiones estadounidenses en contra del ascenso pacífico no ayudan. Estados Unidos, como la única superpotencia, debe entender que requiere de la ayuda de China en la resolución de los problemas que competen al mundo, así como del apoyo del resto del mundo. Sin embargo, la comunidad internacional requiere, primero, el cambio de conducta y de la actitud de Estados Unidos, empezando por reconocer que su conducta ha sido inconsistente frente a China y el resto del mundo. Sobre todo después de que la comunidad internacional espera ver que Estados Unidos cumpla con las normas con las cuales presiona a otros países, incluyendo China, a adoptar, y que Estados Unidos viola con cada acción que realiza (Economy y Segal, 2009).

Así, no es difícil entender que si un día China llegara a actuar como un actor revisionista, sería por la falta de incentivos por parte de Estados Unidos para conducirse dentro de las normas del sistema internacional. Estados Unidos es un elemento clave en el ascenso de China, y aunque si bien es cierto que históricamente las transferencias de poder se realizan de forma violenta, Estados Unidos y China pueden decidir cambiar la forma histórica en que se da el ascenso de una gran potencia, cambiando la idea de la rivalidad entre grandes potencias, o como establece Henry Kissinger (2012), ambos países pueden decidir lograr una genuina relación de cooperación, o continuar con el modelo histórico de rivalidad.

Ambos países mantienen un discurso comunitario en su política exterior. En una visita del presidente Hu Jintao al presidente Barack Obama, en enero de 2011, ambos líderes se pronunciaron a favor de mantener una relación “positiva, comprensiva y cooperativa”, además de que se pronunciaron anunciando: “Estados Unidos reitera su bienvenida a una China fuerte, próspera y exitosa que desempeña un papel más relevante en los asuntos mundiales. China da la bienvenida a Estados Unidos como una nación de Asia-Pacífico que contribuye a la paz, estabilidad y prosperidad en la región” (Kissinger, 2012); esto debería significar un primer paso para el establecimiento de una verdadera relación amistosa entre ambos países.

Sin embargo, como ya se dijo, las concepciones estadounidenses sobre China provocan una actitud errática de Estados Unidos ante el mundo, que, a su vez, genera desconfianza en el gobierno y la opi-

nión pública china; esto impide que se genere una verdadera relación amistosa entre Estados Unidos y China, pero no implica que no pueda establecerse, aunque en gran parte dependerá del esfuerzo estadounidense para cambiar su actitud sobre China y el mundo.

Entonces, ¿qué implica el ascenso de China para el sistema internacional? Kishore Mahbudani argumenta que China se levantará de forma pacífica, apegándose a las normas occidentales, pero que ante el despertar del dragón chino, después de siglos de sueño, podría despertar de mal humor. Siguiendo con la conceptualización anterior, Mahbudani plantea la necesidad de que Estados Unidos se enfoque en una estrategia que integre a China al ordenamiento del sistema. Establece que el gobierno estadounidense sólo ha podido reconocer en China restos de la era comunista y a un potencial adversario, más que a la China de las reformas y los cambios, y a un aliado (Mahbudani, 2005).

Mahbudani afirma que se vislumbra un futuro esperanzador al interior de China; después de cientos de años de inestabilidad interna, guerras civiles, y de las humillaciones extranjeras, ahora parece llegar un momento glorioso para China. Sin embargo reconoce las limitaciones chinas, como la pobreza, la corrupción, la degradación ambiental, la escasez de los recursos naturales, un sistema financiero atrasado, la falta de servicios de salud universal, la desigualdad social; todo esto reta la legitimidad de régimen del Partido Comunista Chino, el cual parece estar parado sobre una frágil cuerda. Así, el ascenso chino Mahbudani lo asemeja al “niño más gordo de la escuela, al que se le ve ganar la carrera de 100 metros con obstáculos” (Mahbudani, 2005).

Si bien el gobierno chino es consciente de la transición que en un futuro podría darse en el sistema político, también sabe que una transición en un momento no adecuado podría poner a toda China sobre terreno peligroso, y que en cualquier momento podría “caérsele una montaña encima”. Así, Estados Unidos debe evitar presionar la transición en China.

Además, China desea que Estados Unidos mantenga un papel relevante en la configuración de la seguridad en la región y en el mundo, ya que el desarrollo económico chino depende de la paz del sistema internacional, así como del desarrollo económico de más naciones en el mundo. China sabe que no cuenta con los recursos necesarios para mantener la seguridad en la región, y menos en el mundo, pero sabe que Estados Unidos sí cuenta con esas capacidades.

Zheng Bijian establece que China ha logrado un nivel de modernización, y que hoy el gobierno chino planea el camino para combatir los desafíos futuros, los cuales han sido agrupados en tres grandes desafíos, a los que respectivamente se les han formulado tres grandes estrategias o trascendencias: la primera es trascender el viejo modelo de industrialización, e impulsar uno nuevo basado en el desarrollo tecnológico, la eficiencia económica, la baja polución, la optimización de los recursos humanos, y la búsqueda de formas de reducir el consumo e importación de los recursos energéticos (Zheng, 2005).

La segunda es trascender las formas en que las grandes potencias tradicionalmente han surgido, y evitar seguir la ruta de la Alemania de Weimar, de la Alemania nazi o el Japón militarizado, que llevó a la aparición de las dos grandes conflagraciones mundiales. Por lo que China busca trascender las diferencias ideológicas para mantener la paz, el desarrollo y la cooperación con todos los países (Zheng, 2005).

Y la última estrategia, a la que Zheng hace referencia, es trascender los modelos atrasados de control social, y lograr construir un país socialista en armonía, ante lo que han aplicado nuevas formas gubernamentales como la autogestión, y han buscado el fortalecimiento de las instituciones democráticas y del Estado de derecho (Zheng, 2005).

David Lampton (2007) establece que el poder se puede definir, crudamente, en tres tipos: armas, dinero e ideas. Afirma que los chinos están trabajando para lograr los tres. China busca modernizar al país; por lo tanto, China buscará la modernización del aspecto militar, económico e intelectual, para evitar la trampa de ser gigante en un aspecto y liliputiense en otro, aprendido de la experiencia soviética (superpotencia militar) y de la japonesa (superpotencia económica), y no porque busque el revisionismo del orden internacional. Aunque si bien el presidente pakistaní Pervez Musharraf afirmó que “el pasado le perteneció a Europa, el presente pertenece a Estados Unidos, y el futuro pertenecerá a Asia” (Lampton, 2007).

Conclusiones

Aunque si bien es cierto que pocas veces se puede presenciar el reordenamiento de las potencias, y la historia nos enseña que los reacomodos difícilmente son pacíficos, no existe evidencia que determine que el ascenso de China no será pacífico (Santa Cruz, 2006: 87 y 106). Aun

así Estados Unidos debería asegurarse de que China siga por el camino de la integración con la comunidad internacional. Ello requiere que Estados Unidos y China rompan con el esquema tradicional de rivalidad entre potencias, y generen una verdadera relación de cooperación y amistad, no sólo por el bienestar y seguridad de ellos mismos, sino de la del resto del mundo.

Y aun cuando China pudiera ser un fuerte candidato para el liderazgo mundial, necesita recorrer un largo camino, y China lo sabe. Pero el incremento del reconocimiento de la soberanía del Estado chino tiene un efecto positivo en la percepción de una imagen de ascenso pacífico *pro-statu quo*, que favorece que China actúe constructivamente hacia la comunidad internacional, y que a su vez provoca que China sea una potencia responsable y, aunque sólo el futuro lo sabrá, que algún día se convierta en una superpotencia pacífica.

Referencias bibliográficas

- Buzan, B. (2004). *The United States and the Great Powers, World Politics in the Twenty-First Century*. Gran Bretaña: Politic Press, pp. 58-80.
- Cohen, W. I. (2007). "Chinese Lessons: Nixon, Mao, and the Course of U. S.-Chinese Relations", *Foreign Affairs*, vol. 86, núm. 2.
- Conable Jr., B. B., y Lampton, D. M. (1992-1993). "China: The Coming Power", *Foreign Affairs*, vol. 71, núm. 5, pp. 133-149.
- Economy, E., y Segal, A. (2009). "The G-2 Mirage", *Foreign Affairs*, vol. 88, núm. 3.
- Gilboy, G., y Heginbotham, E. (2001). "China's Coming Transformation", *Foreign Affairs*, vol. 80, núm. 4.
- Hale, D., y Hale, L. H. (2003). "China Takes Off", *Foreign Affairs*, vol. 82, núm. 6.
- Hoge, J. F. (2004). "A Global Power Shift in the Making", *Foreign Affairs*, vol. 83, núm. 4.
- Huntington, S. P. (1999). "The Lonely Superpower", *Foreign Affairs*, vol. 78, núm. 2.
- Ikenberry, G. J. (2008). "The Rise of China and the Future of the West", *Foreign Affairs*, vol. 87, núm. 1.
- Johnston, A. I. (2003). "Is China a Status Quo Power?", *International Security*, vol. 27, núm. 4, pp. 5-56.
- Kim, S. S. (2004). "China in World Politics", en B. Buzan, *Does China Matter? A Reassessment. Essay in Memory of Gerald Segal*. Nueva York/Londres: Routledge, pp. 37-53.

- Kissinger, H. A. (2012). "The Future of U. S.-Chinese Relations: Conflict Is a Choice, Not a Necessity", *Foreign Affairs*, vol. 91, núm. 2, pp. 44-55.
- Kristof, N. D. (1993). "The Rise of China", *Foreign Affairs*, vol. 72, núm. 5, pp. 59-74.
- Lampton, D. M. (2007). "The Faces of Chinese Power", *Foreign Affairs*, vol. 86, núm. 1.
- Lieberthal, K. (1995). "A New China Strategy", *Foreign Affairs*, vol. 74, núm. 6, pp. 35-49.
- Liebman, A. (2005). "Trickle-down Hegemony? China's 'Peaceful Rise' and Dam Building on the Mekong", *Contemporary Southeast Asia*, vol. 27, núm. 2, pp. 281-304.
- Mahbubani, K. (2005). "Understanding China", *Foreign Affairs*, vol. 84, núm. 5.
- Medeiros, E. S., y Fravel, M. T. (2003). "China's New Diplomacy", *Foreign Affairs*, vol. 82, núm. 6.
- Roy, D. (1994). "Hegemon on the Horizon? China's Threat to East Asian Security", *International Security*, vol. 19, núm. 1, pp. 149-168.
- Santa Cruz, A. (2006). "China como una potencia mundial", en D. Amparo Tello, y M. E. Falck Reyes, *Jalisco y su inserción en la Cuenca del Pacífico*. Guadalajara: UdeG-CUCSH.
- Segal, G. (2004). "Does China Matter?", en B. Buzan, *Does China Matter? A Reassessment. Essay in Memory of Gerald Segal*. Nueva York/Londres: Routledge, pp. 11-36.
- Wendt, A. (1999). *Social Theory of International Politics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Zheng, B. (2005). "China's 'Peaceful Rise' to Great Power Status", *Foreign Affairs*, vol. 84, núm. 5.